La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

N							
					L		
			3				
							K
2		M					
							J

SOLUCION

J=Alfil; K=Rey; L=Caballo; M=Torre; N=Dama.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

	B	R
	4	0
3 9 0 2	0	1
4 7 6 0	1	0
8 9 5 6	1	1
7 9 2 8	0	1
9 0 5 3	0	1
2 1 4 0	0	1

SOLUCION 8361

Verano/12

SOBRE CUBIERTA



(Por Marcela Fernández Vidal) Estaba parado frente a la única ventana de la habitación. Una llovizna suave se dejaba caer sobre la ciudad-puerto, cuyo mar, haciendo honor a su nombre, la recibía también mansamente. Por la debilidad de la luz, creyó que era tarde, que la hora ya había pasado. Miró su reloj y comprobó, con alivio, que la luz era engañosa.

Caminó hacia la cama de dos plazas que ocupaba el centro de la pequeña habitación y que parecía recién ordenada. Se sentó con pesadez en el borde, justo en el medio, mirando hacia la ventana que tenía enfrente. Se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos. Se decía a sí mismo, una y otra vez, que era mejor tratar de dormir, que no había mejor remedio para la espera. Al cabo de unos segundos, se incorporó con violencia al oír que alguien llamaba a la puerta.

—¡Perdón!, venía a despertarlo, según lo que usted pidió en conserjería —le comunicó el empleado con tono de disculpa por no dejar de sentir que ese era un acto de imprudencia.

El hombre esbozó una sonrisa. El empleado le contestó, a su vez, con la mesura de reflejar esa misma sonrisa en sus labios. El hombre cerró tras de sí la puerta. Caminó hacia el armario que había a los pies de la cama, contra la pared. En su interior colgaba una percha con un saco de paño azul oscuro. Tiró descuidadamente la percha sobre la cama y fue a colocarse la chaqueta frente al espejo de cuerpo entero que había junto al armario. Luego de cerrar el último botón dorado, ajustó el nudo de su corbata y con sus manos huesudas acomodó su pelo negro y ondulado. De todo lo que pasó por su mente en ese instante de tiempo, sólo el recuerdo de su asombro la primera vez que vio los colores de las casitas de madera de esa ciudad-puerto, lo convenció de seguir esperando. Deshizo todo lo que había hecho frente al espejo para ir a tumbarse en la cama con un infinito deseo de no partir.

Debió haber dormido unas dos horas.

—No viene —murmuró con tono afirmativo mientras recorría con su mirada la habitación desde el fondo de la cama.

—¿Ya se va, Capitán? —le preguntó el hombre que estaba detrás del mostrador y a quien el Capitán le entregaba una llave.

—Sí, creo que ya es tarde —le respondió el Capitán en un castellano titubeante.

—¿Cuándo vuelve por aquí?, no es que yo sea curioso, usted sabe que tiene preferencia, si hay algún pasajero, lo trasladamos...

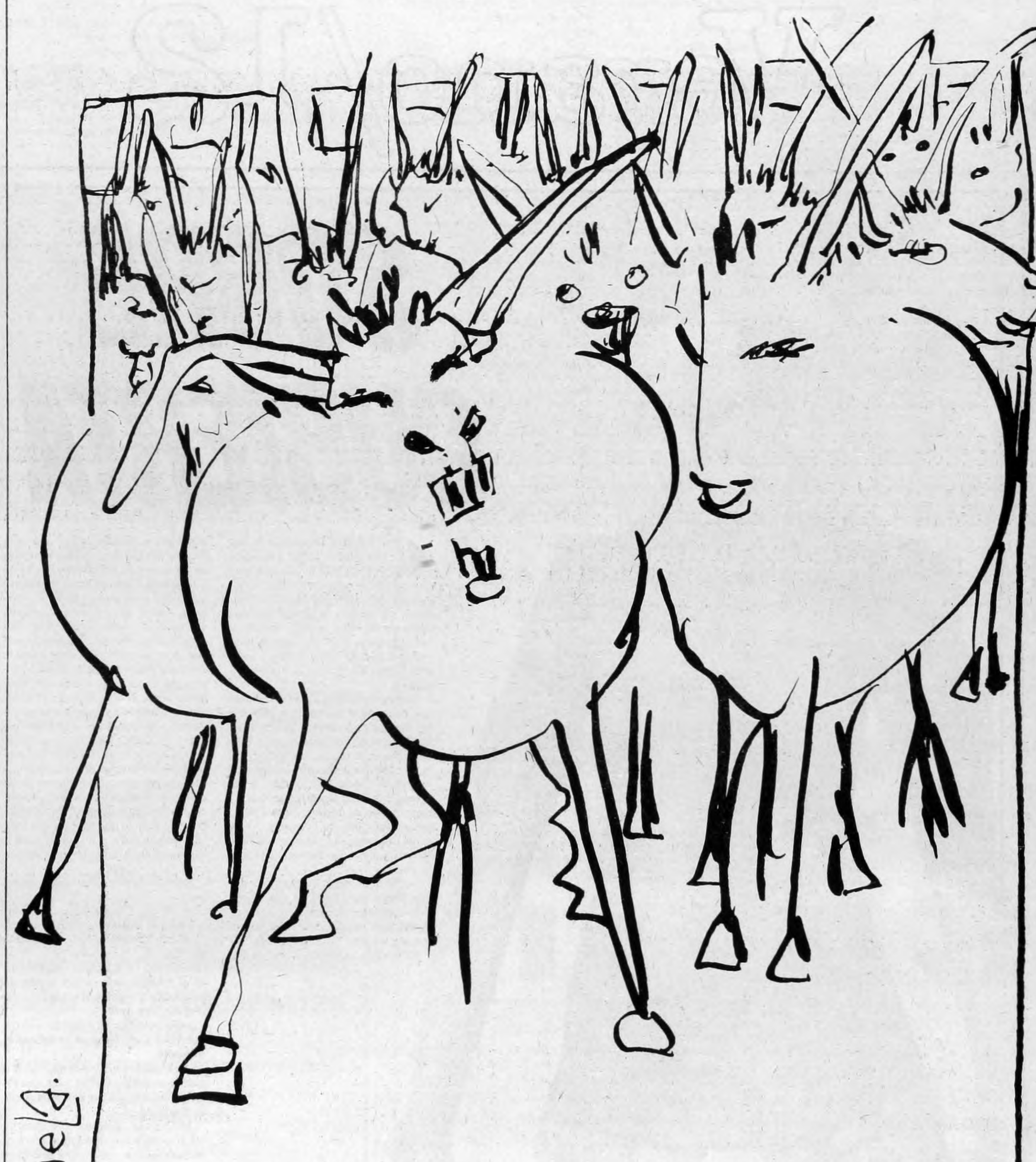
El Capitán, dirigiendo su vista hacia la avenida que podía divisar por las puertas abiertas del hotel y que lo separaba del embarcadero, le respondió como si esa pregunta se la hubiese hecho él mismo.

—Cuando sienta deseos de encontrarla —su tono de voz fue tan bajo que el conserje tuvo que menear la cabeza en señal afirmativa para simular, sólo por respeto, haberlo escuchado.

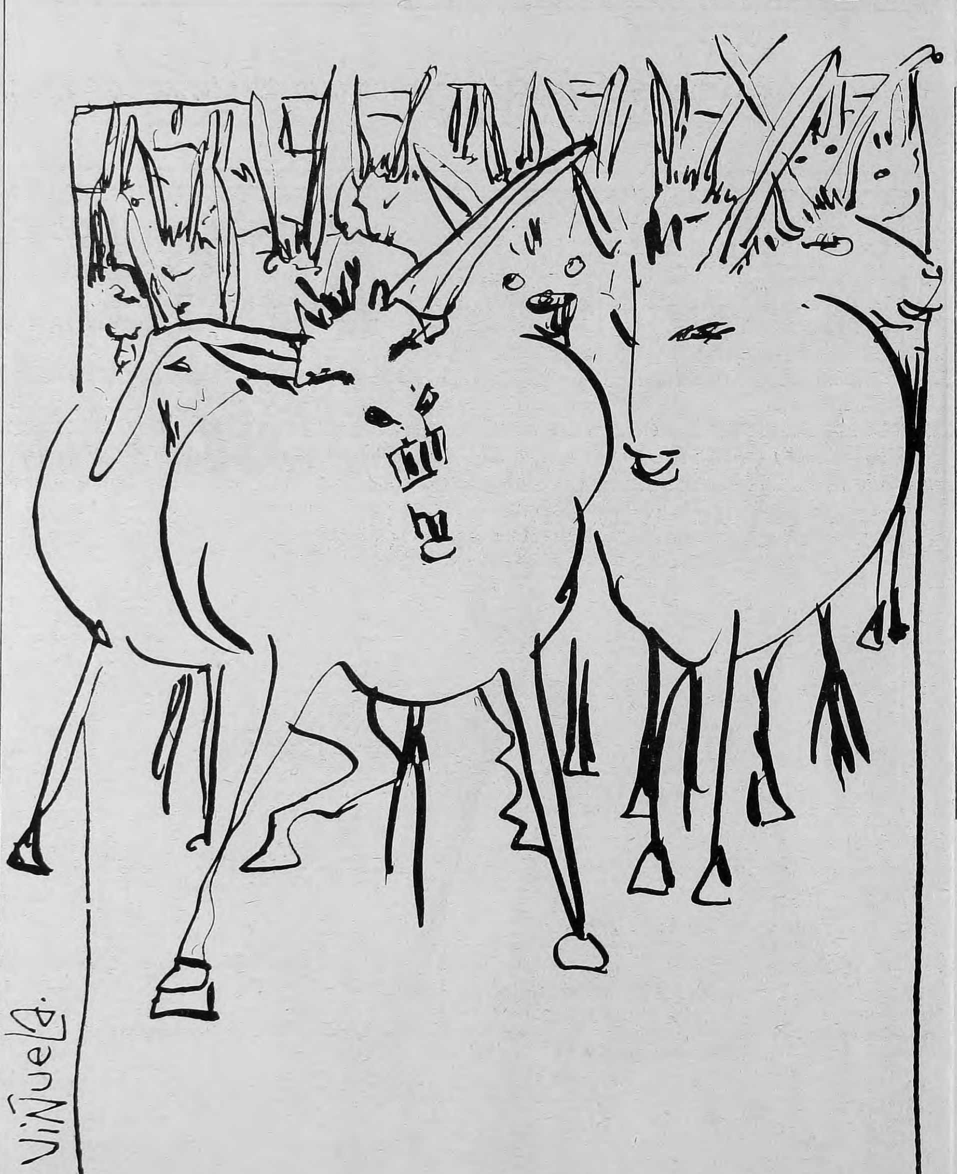
Seguía lloviznando cuando el buque mercante Mykonos zarpó de Valparaíso.

LEC

IMAGI



IMAGINARIA



El imaginaria camina entre las sombras que proyecta la doble hilera de cuchetas, va y viene por los pasillos, que forman los bloques de dos camas, avanza entre las cabeceras de fierro con barrotes que parecen rejas y los cofres, que andá a saber por qué se los llama cofres si son armarios sin puertas adosados a las paredes laterales de la cuadra, con los estantes al descubierto, en donde se apilan, ordenaditas, las cosas de cada soldado. La noche es el momento propicio para reponer la caramañola que te desapareció. La noche es también el momento del descanso, pero se diría que parece una tregua en la que quizá puede recuperarse el cuerpo pero no el alma. Porque al dormirte sos succionado por ese sueño laberíntico y pantanoso que repite las penurias del día. Te deslizás resbalando en ese abismo, cayendo y cayendo, con el vértigo secándote la lengua, sin poder agarrarte de nada. A veces, el imaginaria se frena y mira entre los barrotes de una cama a un soldado, que, como vos, ahoga el grito de la pesadilla. A veces, espía el jadeo y el movimiento de un cuerpo bajo las frazadas. A veces se regocija cortándole la paja a alguno. A veces, se acerca a un insomne y conversa con él en voz muy baja, y cuanto más baja más se escucha en el silencio, se pasan el cigarrillo, y la brasa es una luciérnaga roja que se aviva, en la penumbra, con cada pitada.

El mejor turno de imaginaria es el primero. Después, le pegás al sueño de corrido. El último tampoco es malo. Lo único es que después tenés que aguantar todo el día cabeceando, con los párpados que se te cierran, el cansancio pesándote en los reflejos y en la espalda. El peor turno es el penúltimo. Te corta la noche. Y cuesta después volver a dormirse. Apenas cerraste los ojos, el silbato de diana te astilla el cerebro. Te incorporás en cámara lenta. Y todo el día será la antesala gomosa de esos milagrosos minutos en que vas a poder tirarte a descansar, lejos del alcance de las órdenes. Trabajes en el taller mecánico, en un depósito o en una oficina, vas a estar a la caza de esos minutos en que vas a tirarte en el piso, o sentarte y cruzar los brazos sobre las rodillas encogidas, apoyando la frente afiebrada para recobrar los fragmentos del sueño perdido en la noche. Si aprovechás esos paréntesis, bastan unos minutos para sentir, cuando te despertás, que el sueño te cambió milagrosamente la sangre.

Si hay una imaginaria que todos quieren escabullir es la imaginaria en las muleras. Te subís las solapas del capote, te abrochás las orejeras del pasamontaña bajo la mandíbula y, con las manos congeladas en los bolsillos, atravesás el regimiento envuelto en la luz fantasmal de la nieve y trepás la escarpa hacia los establos. Hay cerca de ochenta mulas en cada establo. Están separadas por una larga división de madera con comederos a ambos lados. Una sola lamparita, en la entrada, queda encendida toda la noche. Todavía perdura en tu boca pastosa la saliva caliente del sueño. Pero no podés aflojar a la tentación de acurrucarte sobre unos fardos. En la tiniebla del establo, te encaramás por encima de los comederos y, con la ayuda de un palo, desparramás unos golpes sin ganas sobre los lomos inquietos. Si una mula se cae, las otras la patean. Una mula muerta es señal de que te dormiste en tu turno de imaginaria. Además pensá: primero te van a masacrar en un baile, después te vas a comer el calabozo. Y, cuando salgas, seguirán las complicaciones de un sumario, te pondrán la mula a cargo y hasta que no terminen de descontártela del sueldo que nunca cobrás no te van a largar de baja. Te despabilás, descargás la bronca con el palo, golpeando aquí y allá cuellos y ancas. Eso sí, no pierdas el equilibrio, no trastabilles. "Sooooo." Y otro palazo.

El imaginaria de cuadra se repliega en el fondo del galpón y, desde ese ángulo, contempla la perspectiva de patas y barrotes metálicos. La doble hilera de cuchetas, con sus líneas verticales, imita una avenida tenebrosa con jaulas en vez de casas. Al imaginaria le sugiere el corredor de un penal. Escucha el silencio. Es una marea sorda y densa que inunda sus oídos. A medida que camina por la cuadra pasa junto al rumor de una respiración acatarrada, un ronquido, un lamento, una tos. El imaginaria es una sombra entre las sombras. Puede estar a los pies de tu cama o en el otro extremo de la cuadra. Su olor es el tuyo, así como el olor de los otros es también tu olor. Un vaho tibio en el que se confunden sudores, alientos, mugre y pedos agrios. La tela áspera de la bolsa de rancho tiene el mismo olor nauseabundo que las frazadas. El mismo olor tiene tu camiseta que tu almohada. Y el mismo olor rancio exhalan los borceguíes cuando te los sacás. Afuera nieva. Y mientras siga nevando, ni miras de bañarse. Ya perdiste la cuenta del tiempo que llevás sin bañarte. Por lo menos, un mes y pico. La higiene de la compañía se circunscribe a enjuagarse cara o manos con agua helada en los piletones, de tanto en tanto. Los calzoncillos largos se paran solos de la mugre que tienen. Alrededor de las braguetas, la frisa vacila entre el ocre y el marrón. A algunos, la roña se les ha vuelto un musgo blanquecino alrededor del glande. Pero, cuando viene la noche, el agotamiento puede más que la mugre y los piojos. Nadie se gasta en rascarse. Los cuerpos se abandonan extenuados y comienzan a bracear en el barro cálido del sueño. En las sombras, la sombra del imaginaria revisa un cofre y saca algo.

—¿Qué hacés, loco? —murmura un soldado, detrás, en una de las cuchetas de abajo.

—Me pareció que había una rata.

—Si me llega a faltar algo mañana, te rompo el culo.

El imaginaria debe estar alerta y velar por el descanso de sus camaradas. Mis camaradas, piensa. Y se pregunta qué tiene él en común con el polaco Wasilevsky, ese al que nadie pasa ni cinco de bola porque estuvo preso por robo y estupro. O con el Topo, que traficaba cocaína en Monte Grande. O con Almirón, ese peón de estancia que se coge una oveja con la misma satisfacción que te rompe las falanges en una pulseada. Al caminar entre las camas, entre los cuerpos entregados al letargo, el imaginaria se demora en cada cama, constata quién duerme arriba y quién duerme abajo y se acuerda de sus nombres, de los datos que cada uno suministra sobre su historia y comprueba de pronto que está solo en la noche, solo en el mundo, librado a su suerte y a la lucidez precaria del insomne. Por un instante, estar despierto le confiere una cierta superioridad. Es un pariente de Dios auscultando esos destinos entregados a sus sueños. El poder es efímero. No es bueno sentirse más solo que nadie en la tierra. Sus pensamientos se contagian de una melancolía punzante. Puede sentir el nudo en su garganta. Tiene un vacío en el estómago. Puede ser desesperación. Pero también es probable que sea hambre.

Durante un rato se queda quieto, atisbando, hundido en sus ideas. Pero ahora vuelve a caminar, sigiloso. Porque el imaginaria, además de velar por el descanso de sus camaradas, tiene que registrar cualquier novedad e informarla. Pero no habrá ninguna novedad. A ningún soldado le conviene que se produzca novedad en su imaginaria. De modo que sigue deslizándose en las sombras con la cautela nerviosa de un gato, estudiando oportunidad para conseguir, antes del fin de su turno, ese cuchillo que le desapareció.

Guillermo Saccomanno es autor de "Prohibido escupir sangre" (novela); "Situación de peligro", una serie de cuentos que obtuvieron el premio Club de los XIII 1986/87, y, con la novela "Roberto y Eva, historia de un amor argentino", ganó el Premio Crisis 1988. "Imaginaria" es un relato que formará parte del libro de cuentos titulado "Aquí se aprende a defender la patria" que publicará próximamente editorial Planeta.

Por Guillermo Saccomanno

NARIA

El imaginaria camina entre las sombras que proyecta la doble hilera de cuchetas, va y viene por los pasillos, que forman los bloques de dos camas, avanza entre las cabeceras de fierro con barrotes que parecen rejas y los cofres, que andá a saber por qué se los llama cofres si son armarios sin puertas adosados a las paredes laterales de la cuadra, con los estantes al descubierto, en donde se apilan, ordenaditas, las cosas de cada soldado. La noche es el momento propicio para reponer la caramañola que te desapareció. La noche es también el momento del descanso, pero se diría que parece una tregua en la que quizá puede recuperarse el cuerpo pero no el alma. Porque al dormirte sos succionado por ese sueño laberíntico y pantanoso que repite las penurias del día. Te deslizás resbalando en ese abismo, cayendo y cayendo, con el vértigo secándote la lengua, sin poder agarrarte de nada. A veces, el imaginaria se frena y mira entre los barrotes de una cama a un soldado, que, como vos, ahoga el grito de la pesadilla. A veces, espía el jadeo y el movimiento de un cuerpo bajo las frazadas. A veces se regocija cortándole la paja a alguno. A veces, se acerca a un insomne y conversa con él en voz muy baja, y cuanto más baja más se escucha en el silencio, se pasan el cigarrillo, y la brasa es una luciérnaga roja que se aviva, en la penumbra, con cada pitada.

El mejor turno de imaginaria es el primero. Después, le pegás al sueño de corrido. El último tampoco es malo. Lo único es que después tenés que aguantar todo el día cabeceando, con los párpados que se te cierran, el cansancio pesándote en los reflejos y en la espalda. El peor turno es el penúltimo. Te corta la noche. Y cuesta después volver a dormirse. Apenas cerraste los ojos, el silbato de diana te astilla el cerebro. Te incorporás en cámara lenta. Y todo el día será la antesala gomosa de esos milagrosos minutos en que vas a poder tirarte a descansar, lejos del alcance de las órdenes. Trabajes en el taller mecánico, en un depósito o en una oficina, vas a estar a la caza de esos minutos en que vas a tirarte en el piso, o sentarte y cruzar los brazos sobre las rodillas encogidas, apoyando la frente afiebrada para recobrar los fragmentos del sueño perdido en la noche. Si aprovechás esos paréntesis, bastan unos minutos para sentir, cuando te despertás, que el sueño te cambió milagrosamente la sangre.

Si hay una imaginaria que todos quieren escabullir es la imaginaria en las muleras. Te subís las solapas del capote, te abrochás las orejeras del pasamontaña bajo la mandíbula y, con las manos congeladas en los bolsillos, atravesás el regimiento envuelto en la luz fantasmal de la nieve y trepás la escarpa hacia los establos. Hay cerca de ochenta mulas en cada establo. Están separadas por una larga división de madera con comederos a ambos lados. Una sola lamparita, en la entrada, queda encendida toda la noche. Todavía perdura en tu boca pastosa la saliva caliente del sueño. Pero no podés aflojar a la tentación de acurrucarte sobre unos fardos. En la tiniebla del establo, te encaramás por encima de los comederos y, con la ayuda de un palo, desparramás unos golpes sin ganas sobre los lomos inquietos. Si una mula se cae, las otras la patean. Una mula muerta es señal de que te dormiste en tu turno de imaginaria. Además pensá: primero te van a masacrar en un baile, después te vas a comer el calabozo. Y, cuando salgas, seguirán las complicaciones de un sumario, te pondrán la mula a cargo y hasta que no terminen de descontártela del sueldo que nunca cobrás no te van a largar de baja. Te despabilás, descargás la bronca con el palo, golpeando aquí y allá cuellos y ancas. Eso sí, no pierdas el equilibrio, no trastabilles. "Sooooo." Y otro palazo.

El imaginaria de cuadra se repliega en el fondo del galpón y, desde ese ángulo, contempla la perspectiva de patas y barrotes metálicos. La doble hilera de cuchetas, con sus líneas verticales, imita una avenida tenebrosa con jaulas en vez de casas. Al imaginaria le sugiere el corredor de un penal. Escucha el silencio. Es una marea sorda y densa que inunda sus oídos. A medida que camina por la cuadra pasa junto al rumor de una respiración acatarrada, un ronquido, un lamento, una tos. El imaginaria es una sombra entre las sombras. Puede estar a los pies de tu cama o en el otro extremo de la cuadra. Su olor es el tuyo, así como el olor de los otros es también tu olor. Un vaho tibio en el que se confunden sudores, alientos, mugre y pedos agrios. La tela áspera de la bolsa de rancho tiene el mismo olor nauseabundo que las frazadas. El mismo olor tiene tu camiseta que tu almohada. Y el mismo olor rancio exhalan los borceguíes cuando te los sacás. Afuera nieva. Y mientras siga nevando, ni miras de bañarse. Ya perdiste la cuenta del tiempo que llevás sin bañarte. Por lo menos, un mes y pico. La higiene de la compañía se circunscribe a enjuagarse cara o manos con agua helada en los piletones, de tanto en tanto. Los calzoncillos largos se paran solos de la mugre que tienen. Alrededor de las braguetas, la frisa vacila entre el ocre y el marrón. A algunos, la roña se les ha vuelto un musgo blanquecino alrededor del glande. Pero, cuando viene la noche, el agotamiento puede más que la mugre y los piojos. Nadie se gasta en rascarse. Los cuerpos se abandonan extenuados y comienzan a bracear en el barro cálido del sueño. En las sombras, la sombra del imaginaria revisa un cofre y saca algo.

—¿Qué hacés, loco? —murmura un soldado, detrás, en una de las cuchetas de abajo.

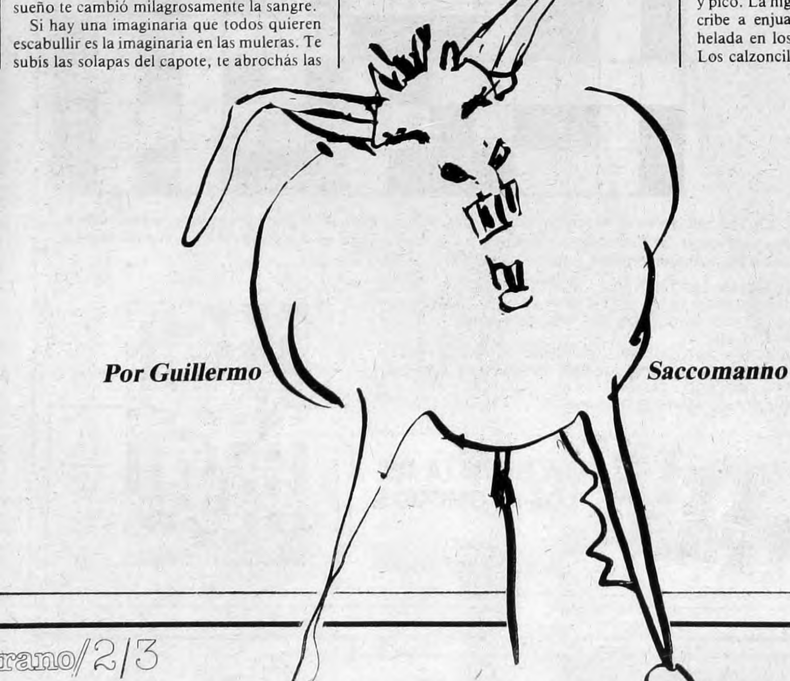
—Me pareció que había una rata.

—Si me llega a faltar algo mañana, te rompo el culo.

El imaginaria debe estar alerta y velar por el descanso de sus camaradas. Mis camaradas, piensa. Y se pregunta qué tiene él en común con el polaco Wasilevsky, ese al que nadie pasa ni cinco de bola porque estuvo preso por robo y estupro. O con el Topo, que traficaba cocaína en Monte Grande. O con Almirón, ese peón de estancia que se coge una oveja con la misma satisfacción que te rompe las falanges en una pulseada. Al caminar entre las camas, entre los cuerpos entregados al letargo, el imaginaria se demora en cada cama, constata quién duerme arriba y quién duerme abajo y se acuerda de sus nombres, de los datos que cada uno suministra sobre su historia y comprueba de pronto que está solo en la noche, solo en el mundo, librado a su suerte y a la lucidez precaria del insomne. Por un instante, estar despierto le confiere una cierta superioridad. Es un pariente de Dios auscultando esos destinos entregados a sus sueños. El poder es efímero. No es bueno sentirse más solo que nadie en la tierra. Sus pensamientos se contagian de una melancolía punzante. Puede sentir el nudo en su garganta. Tiene un vacío en el estómago. Puede ser desesperación. Pero también es probable que sea hambre.

Durante un rato se queda quieto, atisbando, hundido en sus ideas. Pero ahora vuelve a caminar, sigiloso. Porque el imaginaria, además de velar por el descanso de sus camaradas, tiene que registrar cualquier novedad e informarla. Pero no habrá ninguna novedad. A ningún soldado le conviene que se produzca novedad en su imaginaria. De modo que sigue deslizándose en las sombras con la cautela nerviosa de un gato, estudiando oportunidad para conseguir, antes del fin de su turno, ese cuchillo que le desapareció.

Guillermo Saccomanno es autor de "Prohibido escupir sangre" (novela); "Situación de peligro", una serie de cuentos que obtuvieron el premio Club de los XIII 1986/87, y, con la novela "Roberto y Eva, historia de un amor argentino", ganó el Premio Crisis 1988. "Imaginaria" es un relato que formará parte del libro de cuentos titulado "Aquí se aprende a defender la patria" que publicará próximamente editorial Planeta.



Por Guillermo Saccomanno

MAR DEL PLATA

El cine de avanzada: Del 1° al 10 de marzo se realizará en esta ciudad la muestra de cine argentino y latinoamericano Proyección '91 organizada por la Asociación de Cronistas Cinematográficos de la República Argentina con el auspicio del Instituto Nacional de Cinematografía (INC), la Subsecretaría de Cultura de la Nación, la Subsecretaría de Cultura y Prensa de la Provincia de Buenos Aires y la Municipalidad de General Pueyrredón. En el ciclo a realizarse en la sala Auditorium se exhibirán diez films en carácter de preestreno y se organizará, además, una muestra paralela de homenaje a la distribuidora y productora Argentina Sono Film por su aporte al cine nacional.

El programa de Proyección '91 es el siguiente:
Viernes 1°: *Boda secreta*, de Alejandro Agresti.
Sábado 2: *De regreso*, de Gustavo Postiglione.
Domingo 3: *Que vivan los crotos*, de Ana Poliak.
Lunes 4: *La última cena*, producción cubana dirigida por Tomás Gutiérrez Alea.
Martes 5: *La boda*, película venezolana dirigida por Thalman Urguelles.
Miércoles 6: *Morir en el Golfo*, producción mexicana dirigida por Alejandro Pelayo.
Jueves 7: *Cuerpos perdidos*, de Eduardo de Gregorio.
Viernes 8: *El jardín de las flores*, de Oscar Aizpolea.
Sábado 9: *La última siembra*, de Miguel Pereira.
Domingo 10: *Después de la tormenta*, de Tristán Bauer.

El ciclo dedicado a Argentina Sono Film incluye los siguientes títulos:
Viernes 1°: *Viento norte*, de Mario Soffici.

S.O.L SOSTENIDO

Sábado 2: *El hincha*, de Manuel Romero.
Domingo 3: *El loco serenata*, de Luis Saslavky.
Lunes 4: *La vendedora de fantasías*, de Daniel Tinayre.
Martes 5: *El manosanta está cargado*, de Hugo Sofovich.
Miércoles 6: *Guacho*, de Lucas Demare.
Jueves 7: *Madreselva*, de Luis César Amadori.
Viernes 8: *Vida nocturna*, de Leo Fleider.
Sábado 9: *La bestia debe morir*, de Narciso Ibáñez Menta.
Domingo 10: *Las puertitas del Sr. López*, de Alberto Fischerman.

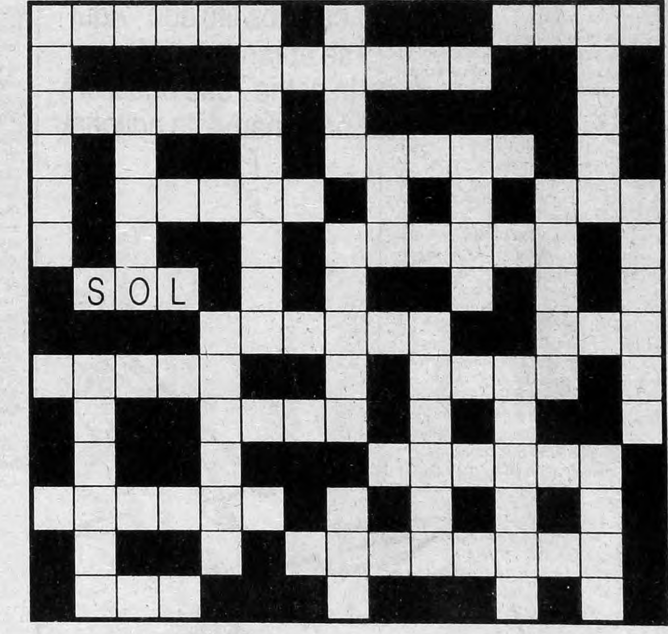
VILLA GESELL

Teatro PSI: El lunes 25 a las 23 en la Casa de la Cultura (Avenida 3 y Paseo 109) se presenta *La señora Klein*, una pieza de Nicholas Wright interpretada por Mabel Manzotti. El tema central de la obra es un recorrido de la vida de Melanie Klein, pionera del psicoanálisis infantil. Allí aparece su relación con su hija Melitta Schmideberg (Miriam Ortiz) y su secretaria personal Paula Heimann (interpretada por Rita Terranova). La lucha por el poder y los vínculos entre esas tres mujeres en la sociedad londinense de la primavera de 1934 son una oportunidad para que Manzotti y su elenco se luzcan en escena.



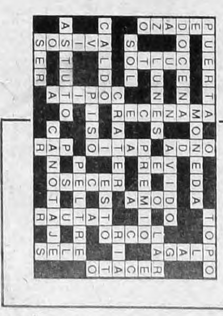
Leonor Manso y Mario Pasik en "La última siembra".
El film se preestrenará en Mar del Plata.

EL ACOMODO



El SOL que refulge en el esquema es una valiosa ayuda de nuestra parte para que usted empiece a resolver este juego. Se trata simplemente de escribir las palabras de la lista en el esquema de manera que se crucen coherentemente. Intente resolverlo sin insolarse.

TRES LETRAS: LAR - PAR - RIA - SER - ~~SOL~~ - VER
CUATRO LETRAS: DOMA - ELES - ESTO - ONDA - PISO - TOPO
CINCO LETRAS: AVIDO - CALDO - CULTO - LOGRO - LUNES - PATIO - PLAGA
SEIS LETRAS: ASTUTO - AVISOS - COPITA - CRATER - DOCENA - MONEDA - PEDAZO - PELTRE - PREMIO - PUERTA - RECATO - RECESO - TATUAR
OCHO LETRAS: AMANECER - CANOTAJE


solución